

lleza y a la vida ("...y en ese gesto ofré-cete al aire transparente./ pues lo que importa no somos ni tú ni yo./ sino la vida!" *Flauta de pan; Oda a la visión*. "...y caigo extasiado ante tu gloria/ porque tú eres la sola fundación/ de la alegría y de este/ nuestro frágil entusiasmo/ de estar vivos./ tú, linterna mágica total./ caja de sorpresas/ de todas las imágenes posibles/ y también algunas imposibles..."), para la copla enamorada ("Ya que no podemos desatar de la existencia el nudo./ desatemos —amor— siquiera los nudos que sostienen/ las vestiduras que cubren nuestros cuerpos al desnudo/ y acostémonos, cabe la noche, estrechamente unidos". *Rubai*). Hay también, en la tragedia neo-griega *Alceste*, el ideal ético de forjar una existencia auténtica, plena de valores morales y espirituales, cuando el médico Heracles diagnostica con voz de filósofo: "...sólo recuperando la vida, la existencia plena, podremos recobrar la muerte. Sólo un hombre verdadero puede morir en el sentido auténtico del término. Mas para ser verdadero, para ser *normal* y poder morir, es preciso haber *vivido* antes. Quien no vive no existe, y quien no existe no puede morir. Esos pobres seres nunca mueren: es posible que desaparezcan o bien que tal vez queden en suspenso en algún lado. Nadie lo sabe, y nadie sería capaz de saberlo, pues como no existen, nadie alcanza a percibirlos con verdadera claridad".

Vida plena la de Uwe Frisch, consagrada al cultivo de los valores morales, artísticos, culturales y humanistas. En una sección de *Los demonios y las runas*, titulada "La sonrisa del gato", declaraba él, recordando al gato sonriente de *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll —el cual desaparece parcialmente en el árbol sin que se desvanezca empero su sonrisa sino hasta algunos momentos después—, que "lo más a que puede aspirar en verdad un artista es a parecerse a ese gato: a que su 'sonrisa', es decir, expresión (...) perdure un poco más que su presencia misma antes de apagarse y esfumarse también". (El contraste entre la ambición creadora del artista y el carácter efímero de su realización es motivo recurrente de los cuentos de Frisch. El sonriente Uwe Frisch no volverá a sonreír. Pero todavía podemos contemplar sus sonrisas en el enramado.◇

Monterde, universitario excepcional

Hablar de don Francisco Monterde (1894-1985) es, de alguna manera, hacer el recuento de lo que ha sido (y es) la cultura mexicana del siglo XX. Profesor universitario, escritor, ensayista, investigador, Monterde es un virtuoso de las letras que por cuenta propia forjó su carrera. De su vocación, ha dicho: "Cuando perdí a mi padre yo tenía siete años de edad. Mi tío Tomás fue quien se preocupó de mi educación. Observó que yo tenía una gran facilidad para dibujar, pues antes de que aprendiera a hablar correctamente me expresaba mejor con el dibujo. Entonces mi tío, que no era artista pero sí hombre de buen gusto, pensó en buscarme un maestro, creyendo que mi ruta estaba hacia la arquitectura." Esta ruta fue la literatura, la pasión por las letras, como lo demostró con su primer libro, *Arca de la Nueva España* (1916).

Como universitario, Monterde también fue ese solitario que no busca prebendas ni vótores, se distinguió por su iniciativa para impulsar algunas actividades primordiales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, jefe de servicio editorial de la UNAM y director de la Imprenta Universitaria, su trabajo en cada oficio parece la mejor descripción de su personalidad.

Otra hubiera sido seguramente la historia de la literatura mexicana, sin las aportaciones de Monterde. En 1924, inauguró lo que más tarde habría de conocerse como Novela de la revolución mexicana, divulgando el libro clásico del género: *Los de abajo*. Hacía falta un talento inquieto, perspicaz, como el suyo, para que esta novela se convirtiera en el *best-seller* de varias décadas que mostró un rostro específico de la Revolución Mexicana. Monterde acercó a miles de lectores esa obra fundamental. Ahora se dice fácil, pero en los años veinte fue un verdadero reto impulsar a *Los de abajo*. Monterde resistió los embates sociales y culturales de su tiempo, y le otorgó a la literatura mexicana un rostro diferente, nuevo, prometedor. Esto resulta evidente si se pasa revista a su producción ensayística en la que sobresalen trabajos sobre Amado Nervo, Alfonso Reyes, Juan Ruiz de Alarcón, Luis González Obregón, Sor Juana Inés de la Cruz, Salvador Díaz Mirón, y tantos nombres más asociados indisolublemente a la vida intelectual, fecunda, de Monterde.

Quien mejor ha retratado la prolífica actividad de Monterde es José Emilio Pacheco: "Una deuda inmensa de nuestra cultura para con Monterde es su rescate, estudio y valoración de las letras mexicanas. Como director de la Imprenta Universitaria fundó en 1939 la biblioteca del Estudiante Universitario que fue la mejor colección de clásicos nacionales. A sus libros y estudios sobre Díaz Mirón, Agustín F. Cuenca, Fernando Calderón, Bernardo de Balbuena, fray Manuel de Navarrete, Gutiérrez Nájera, Rafael Delgado, Federico Gamboa y muchos más, hay que sumar su *Historia de la literatura mexicana* y sus trabajos sobre escritores de Hispanoamérica." Esta deuda debería traducirse en primer lugar, en la actualización de su obra, que desgraciadamente, está agotada y vive en el olvido; en segundo lugar, en divulgarla para que las generaciones jóvenes conozcan la labor de un verdadero *vate* de la cultura mexicana de este siglo. Monterde murió el 27 de febrero, su huella, como maestro, universitario y escritor, ha marcado a varias generaciones.◇

